

Encontrando a Marx dentro del marxismo: reflexiones en torno al mercado de trabajo y el pensamiento de Marx

Finding Marx within Marxism: reflections on the labor market and Marx's thought

Diony José Alvarado-Pinto¹

Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela

<https://orcid.org/0000-0003-2046-4331>

dionalvarado@gmail.com

Recibido: 5/7/2021. Aceptado: 28/9/2021.

Resumen

El objetivo del presente ensayo, es reflexionar en torno al fenómeno de los mercados laborales, con especial referencia a experiencias del “socialismo real” del siglo XX como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (ex-URSS), desde la perspectiva del pensamiento de Marx y la teoría de la explotación, en un ámbito donde se presentan problemas prácticos para atender las necesidades cambiantes de la producción y de la movilidad de la oferta de trabajo, y las distorsiones que se presentan en una económica planificada, con un esquema de remuneración o beneficios no salariales, con poca adaptabilidad o disponibilidad de éstos para los requerimientos individuales o el intercambio fluido. No obstante, las críticas de Stiglitz, Krugman y Ostro, entorno a los paradigmas del libre mercado en el Siglo XXI, dejan entrever que, ante la desigual distribución de la riqueza y explotación progresiva de la fuerza de trabajo, siempre estará presente la presión social por reivindicaciones de los sectores excluidos.

Palabras clave: mercados de trabajo, pensamiento de Marx, marxismo, fuerza de trabajo, capitalismo, economía.

Abstract

The objective of this essay is to reflect on the phenomenon of labor markets, with special reference to experiences of “real socialism” of the twentieth century such as the USSR, from the perspective of Marx's thought and the theory of exploitation, in a field where there are practical problems to meet the changing needs of production and the mobility of the job offer, and the distortions that occur in a planned economy, with a remuneration scheme or non-salary benefits, with little adaptability or availability of also for individual requirements or fluid exchange. Despite the criticisms of Stiglitz, Krugman and Ostro, around the paradigms of the free market in the XXI century, they suggest that in the face of the unequal distribution of wealth and the progressive exploitation of the workforce, social pressure will always be present. The excluded sectors.

Keywords: labor markets, Marx, labor force, capitalism, economy.

¹ Abogado. Magíster en Derecho del Trabajo. Doctor en Ciencias Sociales. Mención: Estudios del Trabajo. Docente de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo, Venezuela.

Introducción

Navegar por el vasto universo creado por un espíritu renacentista atrapado en las contradicciones de una triunfante burguesía en el siglo XIX, como es el pensamiento de Karl Marx, representa una empresa difícil de encarar, pero de carácter ineludible, dado lo imperecedero de las ideas que han impactado en el devenir de la especie humana, con un pasado que irradia su presencia en el presente, y revela las incertidumbres en cara al futuro. Es por ello que hablar de Marx es hablar al mismo tiempo de sociedad, de filosofía, de ciencias puras, de economía, de historia, de política, de ética, de todo lo que no es ajeno al hombre para comprender al mundo donde vive y la manera de transformarlo, con toda la complejidad inmanente de la épica lucha del pensamiento por un mundo mejor.

El presente artículo representa un producto de reflexiones propias de su autor, que se inscribe en el espíritu de explorar un tema que algunos consideran pendiente en el pensamiento de Marx, que es el mercado de trabajo. Sin pretender convertirse en un exhaustivo análisis o abarcar todas sus posibles vertientes o aristas, propone un punto de partida desde el cual invitar a la reflexión entorno a lo que Marx consideraba la esfera de circulación de la fuerza de trabajo convertido en mercancía, que no es otra cosa que el mercado.

No es difícil encontrar posiciones que descalificarían la pertinencia de abordar el marxismo para analizar los fenómenos económicos, sociales o políticos en la actualidad, o incluso en el pasado. Pero si bien es cierto que es posible descartar algunos de sus planteamientos contrastados con la realidad, como la inminente creación de una clase social única e indiferenciada surgida y reunida en torno a la industria como es el proletariado; no es menos cierto que su denuncia sobre las desigualdades sociales y la inequitativa distribución de la riqueza en el mundo se mantienen vigentes, al igual que las contradicciones del capitalismo que causan sus respectivas crisis cíclicas.

Mientras exista la dialéctica entre los que tienen mucho y los que tienen poco, y se mantenga las relaciones de dominio desde la infraestructura de los modos de producción que generan asimetrías que se trasladan también a los mercados de trabajo y a la superestructura de la sociedad, el pensamiento marxista no perderá vigencia, porque estará arraigado en el espíritu más profundo de los hombres, y es la indignación ante la injusticia que trae la privación.

Es de señalar que, aunque Marx estudió un capitalismo incipiente para desarrollar sus teorías en el siglo XIX, no existían precedentes consolidados de socialismo contruidos desde el poder del Estado, que le sirvieran como insumo para evaluar algunos de sus postulados a los ojos de la evidencia empírica. Por tanto, se aborda en un ejercicio de conceptualización, algunas experiencias del principal modelo socialista del siglo XX, como es el caso de la extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que pueden aportar desde la arqueología del saber de Michel Foucault, con una clara demarcación temporal e histórica, elementos que sirvan de referencias para evaluar fenómenos presentes, y prospectivamente futuros, en torno a los mercados de trabajo en el siglo XXI.

1. Al encuentro de la filosofía de Marx.

Para iniciar un acercamiento al pensamiento marxista, es menester tocar previamente un conjunto de consideraciones epistemológicas sobre sus fuentes. Marx desde la base de una formación académica en filosofía alemana, la cual estaba altamente influenciada para la época por Hegel, abordó la apabullante economía inglesa y experimentó el aún efervescente pensamiento revolucionario francés, constituyendo así lo que algunos califican como las tres fuentes del pensamiento marxista: la filosófica alemana, la economía política inglesa, y el socialismo francés (Del Río, 2007:86). Desde su mencionada formación filosófica, Marx como asiduo lector, abordó la literatura sobre economía política e historia, entre los cuales se destacaban los trabajos de Adam Smith y David Ricardo; evidenciando una formación multidisciplinaria poco común entre economistas y filósofos posteriores a su época (Féliz y Neffa, 2006:16). Es por ello que el pensamiento de Marx es considerado por muchos "un clásico interdisciplinario. Un clásico de la filosofía mundanizada, del periodismo fuerte, de la historiografía con ideas, de la sociología crítica, de la teoría política con punto de vista" (Fernández F., 2006:192).

El método dialéctico imperante en la filosofía hegeliana de la época, tuvo gran impacto en el pensamiento de Marx, no obstante, se alejaba del idealismo alemán contenido en dicho pensamiento, que propugnaba la distinción sujeto-objeto con las ideas separadas del mundo real, ya que éste no era cognoscible en su real esencia por las limitaciones perceptuales del hombre. En este sentido Marx adopta el materialismo de uno de los seguidores de Hegel, pero de la llamada izquierda hegeliana (Del Río E., 2007:22), Feuerbach, el cual expresa desde la perspectiva materialista, la capacidad del hombre de conocer al mundo, y la pertenencia de las ideas al mundo material, ya que no existía distinción entre espíritu y materia. No obstante Marx se aparta del mecanicismo que acompaña al materialismo de Feuerbach, al considerarlo meramente contemplativo, al afirmar que:

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior -incluido el de Feuerbach- es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal (...) Feuerbach, no contento con el pensamiento abstracto, apela a la contemplación sensorial; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana práctica. (Marx, 1981).

Feuerbach expresa que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza, y que la conciencia del hombre debe emanciparlo de ese mundo espiritual; Marx alega que esa emancipación es incompleta, ya que los hombres deben generar la conciencia de clase que los libere de la alienación en el trabajo. En ese sentido Marx expresó:

Comparado con Hegel, Feuerbach es extremadamente pobre. Sin embargo, después de Hegel señala una época, ya que realza algunos puntos desagradables para la conciencia cristiana e importantes para el progreso de la crítica y que Hegel dejó en una mística penumbra (Marx, 2003:21-22).

El materialismo contemplativo (Féiz y Neffa, 2006) o también llamado metafísica materialista (Del Río, 2007), expresa la existencia de leyes universales pétreas que rigen el mundo material. Pero para Marx el mundo material era dinámico, cuya fuerza de empuje radicaba en la contradicción entre elementos contrapuestos en constante pugna, en una relación dialéctica de interdependencia dentro de la oposición recíproca, por lo que esa contradicción se constituye en el motor de la historia del hombre, cuyo primer acto es la producción de sí mismo mediante el trabajo. El materialismo entonces debe ser de la praxis, de la praxis política que transforme al mundo, ya que *“los filósofos no han hecho más que observar el mundo, pero se trata de transformarlo”* (Marx, 1981); en pocas palabras, el materialismo práctico es interpretar el mundo existente para luego transformarlo, es decir, revolucionarlo (Féiz y Neffa, 2006). Esa visión de que las ideas son capaces de transformar la realidad material, se circunscriben en el paradigma de la modernidad, en la cual las decisiones humanas se entienden como deducciones racionales que muchas veces intentan imponerse a la fuerza (Gómez E., 2006); no obstante, puede decirse que *“en un siglo tan positivista y tan cientificista como el que el Marx maduro inauguraba, tampoco podía resultar extraño identificar la ciencia con la esperanza de los que nada tenían”* (Fernández F., 2006:194).

2. Viviendo el socialismo francés

En Francia los llamados socialistas utópicos tuvieron una influencia significativa en Marx. Personajes como Saint Simón, abogaban por una nueva estructura social que eliminara a los considerados ociosos, como el clero, los nobles, y los militares; igualmente una economía planificada bajo la dirección de la banca, con una organización dirigida por los industriales, y una religión centrada en el trabajo (Del Río, 2007). Otro socialista utópico, Charles Fourier, fundador de la escuela falansteriana, promovía la creación de un sistema de pequeñas comunidades con un régimen de propiedad común y un sistema de trabajo cooperativo, en las cuales todos los miembros de la comunidad tenía derecho al trabajo, pudiéndose incorporar cada comunero al proceso productivo según sus intereses, minimizando la especialización estrecha con la rotación del trabajador en distintas tareas durante la jornada de trabajo, transformando así, según esta escuela, el trabajo en una necesidad/goce; y entonces gracias a ello *“la sociedad alcanza un alto nivel en la productividad del trabajo y abundancia de bienes materiales”* (Diccionario Soviético de Filosofía, 1965:195-196). En cuanto a los ingresos para los miembros de la comunidad, *“la distribución se efectúa en consonancia con el trabajo y el talento”* (Diccionario Soviético de Filosofía, 1965:195-196); además de lograr *“acabar la competencia entre fabricantes para que no se produjeran cosas inútiles y*

repetidas o artículos de lujo" (Del Río, 2007:88).

Si bien el pensamiento de Saint Simón y Fourier tuvo influencia en Marx, quienes tuvieron mayor impacto fueron los revolucionarios como Augusto Blanqui, que desde la perspectiva materialista atea, criticaba severamente a la sociedad capitalista, viendo en la historia la clara lucha de fuerzas sociales, al tiempo que propugnaba que *"el contenido básico de la historia radica en el movimiento que conduce del individualismo absoluto de los salvajes, a través de fases distintas, al comunismo, "sociedad futura", "corona de la civilización"* (Diccionario Soviético de Filosofía, 1965:47-48).

También tuvo influencia significativa Proudhon, quién con su obra *¿Qué es la propiedad?* criticó duramente los fundamentos de la economía política de la época, y expresó su creencia en la lucha revolucionaria como vía para realizar los cambios en las relaciones de propiedad, del cual Marx expresaría: *"Proudhon se coloca con respecto a Saint-Simon y Fourier aproximadamente en el mismo plano en que Feuerbach se encuentra con respecto a Hegel"* (Marx, 2003:21-22). En este mismo espíritu, Louis Blanc fue otro pensador socialista francés que influyó en Marx, con sus ideas sobre la emancipación de la clase obrera. Blanc creía en la constitución de organizaciones de trabajadores en torno a lo que él llamaba *"talleres sociales"*, los cuales serían gestionados por los propios obreros y financiados por el Estado. La equidad socialista de sus ideas se plasma en su famoso principio: *"De cada quien según sus capacidades, a cada quien según sus necesidades"* (Del Río, 2007).

Sin duda el socialismo francés era la praxis de las ideas que buscaba Marx para revolucionar el mundo capitalista. Como testigo de la Comuna de París de 1871, entendió a la misma como la evidencia de la revolución proletaria que estaba por venir; hecho revolucionario que describió en su obra *"La guerra civil en Francia"*, al expresar que: *"El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera"* (Marx, 2001:244).

3. La Economía inglesa

Ávido lector, su investigación autodidacta sobre economía política y las tendencias del capitalismo la realizó casi por completo *"en una biblioteca que no era la suya: la del Museo Británico"* (Fernández F., 2006:192). En esa labor intelectual Marx leyó a los economistas clásicos ingleses, entre ellos Adam Smith y David Ricardo. Del primero Marx tomó ideas para su teoría laboral del valor, ya que Smith llegó a afirmar que *"el trabajo que no varía nunca su propio valor es la única medida real y definitiva que puede servir, en todos los tiempos y en todos los lugares a apreciar y comparar el valor de todas las mercancías"* (Smith, 1994), y del segundo la distinción existente entre el valor basado en el esfuerzo y la riqueza basada en la abundancia (Guerrero D., 2008), en tal sentido:

Smith aportó ideas importantes para la TLV, como la sistematización de la diferencia entre valor de uso y valor de cambio; el concepto de un precio "real" subyacente, de mayor interés analítico que el precio monetario aparente; las diferencias entre el fluctuante precio cotidiano, dependiente del comportamiento de la oferta y la demanda de mercado, y el más estable precio natural o normal que le servía de base y regulador (...) Ricardo fue en general mucho más allá de Smith y, sobre todo, tras dejar claro que el ámbito de la TLV se extendía al mayoritario mundo de las mercancías industrialmente reproducibles (lo cual dejaba fuera una pequeña minoría de bienes raros, cuyo precio se regula por otros principios), estableció la decisiva diferencia entre valor y riqueza que tantísima importancia tuvo luego para Marx (Guerrero D., 2008:11).

Dentro de la economía de Marx, la teoría del valor, del capital y la explotación resultan centrales. Desde la teoría del valor se estructura el andamiaje que explica la plusvalía, el plustrabajo, la acumulación, e incluso las crisis de sobreacumulación del sistema capitalista. En este sentido Marx llegó a criticar a Ricardo por no asumir la distinción entre valor de relativo y valor absoluto, algo que según se dice, sí llegó a reconocer en su lecho de muerte, cuando escribía en su último manuscrito: *"todas las medidas de longitud son medidas tanto de longitud como de longitud relativa"* (Ricardo citado por Guerrero, 2005). En este sentido utilizando la analogía, el valor intrínseco de las mercancías se mide indirectamente como en el caso de la temperatura, que utiliza la altura de una columna de mercurio como referencia; en el caso de la mercancía es a través del dinero por el cual se cambia en el mercado la referencia (Guerrero, 2005).

Los planteamientos de la economía política inglesa fue el último eslabón que Marx necesitaba para constituir su teoría laboral del valor, a partir de la cual entender a la acumulación capitalista y sus relaciones de explotación, y en consecuencia llamar a la clase proletaria a su transformación; un proletariado que Marx personalmente vio sufrir en las inhumanas fábricas inglesas.

4. El Materialismo Histórico

La filosofía de la historia constituye la búsqueda del sentido y significado de la misma, de su eje de articulador, de la *"dirección sobre la cual marcha la sociedad humana"* (Lander E., 2006:218). Tanto Hegel como Marx asumen una historia basada en clases sociales antagónicas (Féiz y Neffa, 2006). Pero Hegel, desde el idealismo, centra el rol causal de los cambios históricos en la idea de la libertad humana; de este modo existía una correlación entre la maduración del ideal libertario y la evolución social; proceso que arrancó según Hegel, desde el primitivo despotismo oriental, donde el único hombre libre era el tirano, pasando por el régimen aristocrático greco-romano, donde se amplió el espectro de libertad, para luego proseguir al mundo cristiano germánico, al feudalismo, a la monarquía absolutista, y a la revolución francesa, en la cual se avanzó notablemente en la libertad, al suprimir la esclavitud y la servidumbre, y finalmente hasta la absoluta libertad humana representada por el Estado Prusiano (Del Río, 2007:74).

Para Marx, con su voluntad de dar concreción a la filosofía alemana, apoyado en las preocupaciones sociológicas recogidas en Francia y las lecturas económicas en Inglaterra (Álvarez, 1991); expresó que ésta concepción de la historia aunque dialéctica, padecía del problema del idealismo hegeliano. Si bien era cierto que en la antigüedad y en el feudalismo, el antagonismo se producía entre ciudadanos libres y esclavos; entre señores y siervos, y entre nobles y burgueses, el proceso dialéctico entre clases sociales no terminaba allí, sino que en la sociedad capitalista se manifestaba entre burgueses y proletarios. En otras palabras, la historia es la historia de la producción material del hombre (Del Río, 2007).

El materialismo histórico de Marx sostiene que la historia es obra de los hombres, y las ideas son reflejo de las condiciones materiales en las cuales éstos viven, que son a su vez producto de las luchas de las clases determinadas por las condiciones económicas y modos de producir, dando origen al punto de identificación entre la filosofía y la economía, que es la historia económica (Álvarez 1991). En otras palabras, la historia de la sociedad humana vendría a ser la historia de los modos de producción; la *"sucesión de los distintos modos de producción que el hombre ha creado para irse imponiendo a la naturaleza"* (Del Río, 2007:127). En ese sentido, el modo de producción estaría constituido por dos elementos: Las fuerzas productivas representadas por los instrumentos y los hombres que producen los bienes materiales, y las relaciones de producción donde se organiza el trabajo y se distinguen las relaciones de propiedad, es decir, quien es el propietario del medio de producción y quienes son los que producen.

El modo de producción es la base sobre la cual se genera la superestructura social, y a su vez la superestructura influye sobre la base; más sin embargo será la base económica -el modo de producción-, la que determine la organización y la cultura social. A tal efecto Marx señala:

En la producción social de su vida los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un grado de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales, el conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se levanta una superestructura jurídica y política. No es la conciencia de los hombres la que determina su suerte, sino que, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia (Marx, 1968).

Las condiciones materiales que distinguen a una sociedad están en vinculación con el modo de producción, el cual nace de la dialéctica existente entre las fuerzas productivas -naturaleza-; tomando en consideración que algo no es un recurso si no existe la necesidad o la capacidad de consumirlo. En el modo de producción capitalista, el trabajo alienado o enajenado es el distintivo; es decir, el de un trabajador descalificado ajeno al producto de su trabajo y de la manera en que lo produce. La historia revela para Marx una forma creciente de enajenación, y *"su concepto de socialismo es la emancipación de la enajenación, la vuelta del hombre a sí mismo, su autorrealización"* (Fromm E., 1984:55).

A pesar que Marx no hizo una distinción entre materialismo histórico y dialectico, desde la epistemología oficial establecida por Stalin en la Academia de Ciencias de la URSS, se hizo una separación arbitraria del materialismo en ambos términos; el primero fue considerado para la filosofía del hombre, y el segundo para la naturaleza, constituyendo así lo que algunos como Gramsci califican como materialismo metafísico, que no es otra cosa que una involución al materialismo primitivo criticado por Marx, perdiendo de este modo su carácter de sistema totalizador mediado por la praxis; y divorciándose así de su ortodoxia real, que no es otra cosa que su conciencia revolucionaria y de clase (Lukacs citado por Álvarez, 1991). Por ello se hace pertinente recordar lo dicho por Engels:

...Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta -las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma. Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado. Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. (Engels F. citado por Harvey David y Marina González, 1977:207-208).

Tomar la variable económica como único eje transformador de la sociedad es un error que persiste hasta nuestros días, incluso aún en aquellas teorías económicas contrapuestas al marxismo, y que resulta común o recurrente entre los que argumentan en nombre de Marx. En ese sentido *"leen a Marx al revés quienes reducen sus obras a un determinismo económico. Como leyeron a Maquiavelo al revés quienes sólo vieron en su obra desprecio de la ética en favor de la razón de Estado"* (Fernández F, 2006:191). Algunos incluso afirman que:

Marx se quejaría de que sus seguidores en su afán por difundir sus ideas y hacerlas más fácilmente comprensibles, las simplificaron demasiado. Él mismo propuso dejar de ser espectadores para ser intérpretes y coautores, y que en eso le hicieron caso. Aunque no siempre le hubiese gustado lo que ellos hicieron, en última instancia lo intentaron, aun con todas las falencias de las obras humanas. En cambio, más allá de las buenas intenciones de algunos de sus divulgadores, le molestaría que hayan reducido su compleja y matizada concepción de la realidad a un materialismo ramplón, para el que la sociedad se explica pura y exclusivamente a través de la economía (Del Percio, 2006: 67).

Sin embargo, es claro que desde la perspectiva del materialismo histórico de Marx y sus relaciones sociales dinámicas, el capitalismo representa sólo una etapa histórica del continuo devenir de la sociedad humana, es decir, posee un carácter meramente transitorio, y resultaría absurdo pensar que es el último y mejor sistema posible en un pretendido final de la historia. El socialismo será según Marx, la siguiente etapa de la historia material del hombre, cuyo protagonista será la clase proletaria:

Marx habla de la inevitabilidad histórica del comunismo como la sociedad sin clases, o del papel que por su propia esencia tiene el proletariado en la constitución de esta sociedad sin clases -independientemente de la conformación empírica del proletariado como clase en algún momento histórico de la sociedad capitalista, o de su autoconciencia sobre esta misión histórica- (Lander E., 2006:218).

5. Marx y el Mercado de Trabajo

¿Se puede hablar de los mercados de trabajo desde el marxismo? Resulta compleja la respuesta a esta interrogante por distintas razones, las cuales entran en el plano meramente especulativo, en vista de que Marx no desarrolló dicho tema de manera pormenorizada o explícita, ya que sus *“reflexiones específicas sobre el mercado de trabajo no ocupan un gran espacio en su obra”* (Féiz y Neffa, 2006: 15). No obstante, se puede hacer una reflexión entorno a los conceptos centrales de Marx, para tener una visión general de la relación del mercado con su pensamiento.

Es común que la esfera de circulación de las mercancías sea el centro de estudio la economía clásica, en detrimento, según Marx, del espacio de producción *“el único acto que forma parte de la esfera de circulación y al que le hayamos prestado atención es la compra y venta de la fuerza de trabajo, condición fundamental de la producción capitalista”* (Marx, 1991:34). El salario constituye entonces el precio en la esfera de circulación de la fuerza de trabajo, y el consumo de dicha mercancía genera la ganancia; pero esto implicaba un sacrificio, y era la pérdida del sentido creador del trabajo; era la alienación del trabajador de su propia obra creadora:

El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado (K. Marx & F. Engels, 2000:1).

Para Marx el hombre se realiza con su trabajo, transformando la naturaleza y humanizándola. Pero a medida que aumenta la división del trabajo en las relaciones debido al crecimiento de las necesidades sociales, en la comunicación humana entre los hombres para satisfacerlas y al mismo tiempo generar otras, la división del trabajo aumenta y se divide la propiedad de los bienes, esto conlleva a la alienación, que deriva del latín alieno –enajenar, transferir- y alienus –ajeno, extraño, desfavorable- (Diccionario Latino Español, 1983:34), lo que significa entregar lo que es propio a alguien distinto. En esta alienación el hombre deja de crearse en el trabajo y se convierte en una mera pieza dentro de la organización del trabajo.

El trabajo existe como trabajo heterónimo, subordinado, alienado, explotado. La propiedad privada de los medios de producción por parte de un sector de la sociedad (La clase capitalista) y la división social del trabajo están en el origen de la alienación, consistente en la apropiación del fruto del trabajo hecho por otros, en el extrañamiento de sí mismo, en el control y la dominación del trabajador por parte de quien lo contrata como asalariado, en la imposibilidad de hacer un trabajo autónomo desarrollando sus potencialidades y, fundamentalmente, en la necesidad de trabajar para asegurar su subsistencia (Féiz y Neffa, 2006:21).

Las mercancías poseen un valor de uso y un valor de cambio, este último es cuantitativo y contingente dependiendo de tiempo y lugar, y para que exista, el valor de uso tiene que tener un interés de uso social, es decir, que pueda ser utilizado o consumido por otras personas para satisfacer sus necesidades. El trabajo útil concreto sobre los medios de producción –que también son un valor de uso-, es fuente del valor de las mercancías, y por tanto, el tiempo de trabajo en abstracto constituye la medida del valor de esa mercancía. En líneas generales la Teoría Laboral del Valor de Marx establece la ecuación entre el valor de uso –cualidad-; el valor de cambio –Cantidad- y el tiempo de trabajo socialmente necesario –medida-; considerando en este sentido que *“el proceso de trabajo se extingue con el producto, o sea el valor de uso, una materia natural asimilada a las necesidades humanas mediante un cambio de su forma”* (Marx, 1991:219). La división social del trabajo permite la generación de mercancías que deben ser equivalentes para su comparación en la esfera de intercambio –mercado-, y el elemento que las iguala es el trabajo en abstracto, es decir, el gasto indiferenciado de energía humana, y no el trabajo concreto o específico que las diferencia.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso, los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo, equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero (K. Marx & F. Engels, 2000:2)

La heterogeneidad de los trabajos es llevada al mínimo común múltiplo de su esencia para facilitar su intercambio, es decir, al mero gasto de energía o fuerza humana, lo que simplifica y facilita su tratamiento como mercancía de intercambio. Esa abstracción, que se manifiesta en el llamado el trabajo abstracto, que procura la homogeneización de la mercancía a comprar y vender, aleja del discurso marxista el abordaje detallado de las diferencias en los trabajos, y por ende de los distintos mercados de trabajo.

El trabajo cuantificable es el abstracto, el trabajo humano reducido a su utilidad cuya medida es el tiempo y su gasto es la energía del organismo material. Ese trabajo abstracto es intercambiable, es la expresión común de todos los trabajos indistintamente de la naturaleza de la actividad concreta que realice, es un trabajo humano puro y simple, y por tanto el factor común para la medida del valor:

En la sociedad moderna capitalista, cuando la evolución de la demanda exige que el organismo social en su conjunto transfiera trabajo humano desde la labor de tejer a la de sastrería, o a la inversa, el trabajo resultante es también trabajo humano en general o indiferenciado. Y es ese trabajo simple el único cuya medida le va a interesar a Marx en todo el Capital (Guerrero D., 2008).

En cuanto al tiempo de trabajo creador de valor, es el considerado socialmente necesario, es decir, el requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destrezas e intensidad de trabajo. El trabajo empleado en la producción que sobrepase este tiempo promedio social de su producción no sería generador de valor (Féiz y Neffa, 2006).

La variable "necesidad" es introducida por algunos seguidores marxistas como elemento indispensable para complementar el concepto de Trabajo Socialmente Necesario, tomando en cuenta la demanda de dicho producto para establecer su valor. En ese sentido el Trabajo Socialmente Necesario sería *"el Tiempo de trabajo que se emplea en producir un objeto cuando se utilizan la tecnología media, las aptitudes medias y las condiciones medias de trabajo de la sociedad, siempre que se tengan en cuenta las necesidades que la sociedad tiene de ese producto"*(Harnecker M., 1979:11).

En resumen, para Marx, la fuente de todo valor, es decir, la fuerza de trabajo, no se produce ni reproduce como mercancía, sino que se intercambia como tal (Freysinet J., 2006). El modo de producción capitalista requiere del intercambio de la fuerza de trabajo convertida en mercancía en los llamados mercados de trabajo, donde confluye la oferta y la demanda de esa fuerza de trabajo. En otras palabras, para Marx *"La riqueza la producen todos los factores conjuntamente y en su creación participan inseparablemente tanto la fuerza de trabajo como los medios de producción. Pero el valor es el producto exclusivo de un único factor: el trabajo"* (Guerrero D., 2008)

Ahora bien, la relación mercantil de producir mercancía para luego venderla y posteriormente comprar -vender para comprar- (M - D - M); en el capitalismo se convierte en una relación de comprar mercancía para luego vender (D - M - D'). Pero el dinero que es un valor general, y la mercancía que es un valor particular, producen durante el intercambio mercantil una ganancia o diferencial con respecto al dinero que originalmente entró en circulación, es decir, una revalorización; y esa revalorización del dinero lo transforma en capital. En otras palabras, la circulación del dinero como capital y su constante revalorización existe sólo en el marco de este movimiento sin cesar (Féiz y Neffa, 2006).

Pero esta ganancia o plusvalor derivada de la transformación del dinero en capital, no proviene de la reventa a menor o mayor precio de las mercancías, por cuanto el capital no puede nacer del simple dinero, ya que *"la clase capitalista de un país no puede lucrar colectivamente a costa de sí misma"* (Marx, 1991:199). Es en la esfera de circulación de la fuerza de trabajo, es decir, en el mercado de trabajo, cuando el capitalista puede transformar su dinero en capital al adquirir la mercancía cuyo consumo es la fuente de todo valor: la fuerza de trabajo. Por tanto, mediante la compra y posterior consumo de esta mercancía, el capitalista obtiene del trabajador el plusvalor de la diferencia resultante, ya que el trabajador al materializar su fuerza de trabajo en un trabajo concreto, produce un bien con un valor en trabajo socialmente necesario por encima del salario que recibe por su fuerza de trabajo, el cual responde al tiempo y mercancías que requiere consumir para reponer su energía perdida en el proceso.

El precio de la fuerza de trabajo en el mercado, conocido como salario, como ya se había mencionado, establece su valor en función del tiempo y mercancías que requiere el trabajador para compensar la pérdida de energía ocasionado por el trabajo productivo, es decir, para la reproducción de su fuerza de trabajo o subsistencia:

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de víveres necesaria para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. (K. Marx & F. Engels, 2000:1).

Este salario sólo paga una parte del tiempo del trabajador empleado en la producción, ya que *“el valor de la fuerza de trabajo siempre tiene que ser necesariamente menor que el producto del valor del trabajo”* (Marx, 1994:652). En razón de esto, una parte del tiempo de trabajo resulta impago, generando el plus trabajo, y al llegar los productos al mercado, el dinero se transformará en plusvalía para el capital. El concepto de beneficio neto se corresponde con bastante exactitud con la noción de plusvalía; el beneficio neto hay que compararlo con el trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia y de reproducción del obrero (Féiz y Neffa, 2006:42). Para Marx, el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista por carecer de la propiedad de medios de producción que le permitiría producir sus propias mercancías; por lo que el trabajador se ve subordinado al capital que el mismo ayuda a crear, por lo que desde la perspectiva marxista *“el capital no es sino trabajo impagado y previamente expropiado a los trabajadores, cuya devolución material estos reclamarán algún día mediante una revolución social”* (Guerrero D., 2008).

En resumen, es difícil afirmar que podría existir una teoría marxista del mercado de trabajo, a pesar de la importancia, centralidad y profundidad con la que trata Marx las relaciones sociales de producción y la creación de valor a partir del ejercicio del trabajo humano (Féiz y Neffa, 2006:69). No obstante las observaciones de las relaciones dialécticas de un capitalismo que demanda fuerza de trabajo en busca de valorización y de una oferta de fuerza de trabajo de un obrero que busca sobrevivir, ponen de manifiesto que en ello media más que las meras relaciones de intercambio mercantil.

La respuesta del porqué Marx no tocó de manera pormenorizada el mercado de trabajo, puede estar en múltiples hipótesis, que caen inevitablemente en la suposición. Es posible que la solución se encuentre en el vaticinado proceso de la concurrencia de la clase proletaria en un cuerpo homogéneo, capaz de tomar el poder político, gracias paradójicamente a la descalificación y simplicidad del trabajo llamado a realizar por el capitalismo, lo que conlleva a pensar que los factores que dividen y dispersan esa unión no eran del interés de Marx (Freyssinet J., 2006).

Otro elemento de reflexión es la tendencia anunciada por Marx de la descalificación progresiva del trabajo fácilmente intercambiable por uno equivalente, que se pudo observar posteriormente en la producción en cadena del fordismo, aunado a la organización científica del taylorismo, reduciendo al hombre a mera pieza de maquinaria. A partir de estas tendencias, los marxistas podían vislumbrar un futuro con el caldo primario de la unión proletaria entrando en ebullición en el clímax de la producción capitalista conforme lo predijo Marx, en la cual se dispersaría todos los matices relacionados con el mercado. Pero tal circunstancia cesó al segmentarse cada día más el mercado de trabajo, en un modo de producción capitalista que atendía a la diversificación y especialización del mercado.

Igualmente la ortodoxia en cuanto a la división teórica entre trabajadores productivos e improductivos, que fue incluso un factor importante en las escalas salariales de la Unión Soviética (Scherbakov, 1991); al momento de calificar a los primeros como los generadores de valor explotados por el capitalismo, mientras que a los segundos como los remunerados por una fracción de la plusvalía que acumulaba el capital, contribuyó a las distinciones teóricas marxistas basadas en una inmensa mayoría de trabajadores de ejecución sin calificación y los altamente calificados, algo que sólo ayudó a dispersar las ideas de Marx y al no abordaje de los mercados de trabajo de manera pormenorizada por parte de sus seguidores (Freyssinet J., 2006).

En todo caso, a pesar de los elementos antes descritos, la esfera de circulación de la mercancía llamada fuerza de trabajo, y su precio manifestado en el salario, formará siempre parte de la centralidad del trabajo en el modo de producción de la sociedad capitalista. Y ya sea en el llamado socialismo de mercado, o en el denominado socialismo de economía planificada, quedarán los principales postulados de Marx como referencia obligada para su análisis.

6. De marxistas, neomarxista y Marx

El universo en torno al pensamiento de Karl Marx es inmenso y rico en seguidores y detractores. Paradójicamente el propio Marx fue crítico del marxismo (Rubel citado por Fernández, 2006:195). Al igual que otros pensadores que han influido notablemente en el entendimiento de los fenómenos políticos, económicos y sociales del mundo, en torno a Marx se formó un conjunto de auto nombrados discípulos de su pensamiento, cuyas interpretaciones de su obra nunca pudieron ser revisadas por su presunto padre putativo, debido a la natural finitud de la vida. En nombre de Marx se han escrito ríos interminables de reflexiones y argumentaciones de la mas amplia variedad, que en el dejaste natural de toda representación pasada a otra, y en el diluido inevitable de las ideas propias y ajenas amalgamadas, no resultaría difícil hablar incluso de la existencia de un marxismo sin Marx; ya que si bien es cierto que una *“lectura única posible nunca existe con referencia a la obra de un pensador. Lo que sí hay son lecturas imposibles, o, para ser más exactos, presuntas lecturas que no son lecturas”* (Marzoa citado por Guerrero, 2005:1). En este sentido, se podría ser marxista pero paradójicamente contradecir las ideas de Marx, ya que la praxis ha revelado que lo uno no implica necesariamente la coherencia con lo otro, al menos en lo sustancial.

Era de entender que en consonancia con el propio dinamismo social dialectico, que cual perpetuum mobile genera su propia energía sustentadora en el mero movimiento que lo hace avanzar, se intentara incorporar experiencias de la propia praxis humana -algunas más afortunadas que otras-, y que se procurara adaptar elementos nuevos al pensamiento clásico de Marx. En este sentido *“el marxismo debe apropiarse de todos los desarrollos modernos. Pero apropiárselos significa mucho más que adaptarse a ellos: implica despojarlos del sistema burgués en el que aparecen, examinar sus premisas ocultas y resituarlos”* (Guerrero, 2005:1). Y en esa búsqueda de la adaptación algunos han escogido derroteros que, a pesar de alegar fidelidad con respecto al pensamiento de Marx, se alejan radicalmente de él. Por ello resulta revelador que en la critica que compone todo sarcasmo, Marx dijera en vida: *“yo no soy marxista”* (Fernández F., 2006:195). Siguiendo la paradoja:

Cuando Marx le dijo a Engels, al parecer un par de veces entre 1880 y 1881, ya en su vejez, *“yo no soy marxista”*, estaba protestando contra la lectura y el aprovechamiento que por entonces hacían de su obra económica y política gentes como los *“posibilistas”* y guesdistas franceses, intelectuales y estudiantes del partido obrero alemán, y *“amigos”* rusos que interpretaban mecánicamente El Capital (Fernandez F., 2006:195).

El llamado neomarxismo surge como una replica al dogma establecido por los que posteriormente monopolizarían la única interpretación oficial de Marx, que debía ser sancionada por los autorizados por el poder político, los cuales se consideraban incluso más marxistas que el propio Marx. Este movimiento de renovación de las ideas marxistas surgido a mediados del siglo 20, derivado de pensadores principalmente de Europa Central. Cuestionaba los parámetros ortodoxos marxistas impuestos desde el aparato ideológico oficial de la Unión Soviética (Álvarez S., 1991). En pocas palabras esta corriente fue una reacción al llamado socialismo científico u oficial que comenzó a instituirse desde el triunfo de la revolución bolchevique en 1917, cuyo máximo y último intérprete debía ser el partido comunista, tal como lo instituyó Lenin y posteriormente afianzó Stalin.

Aunque estas ideas disidentes de la doctrina oficial existían desde el comienzo mismo del gobierno bolchevique, es con la muerte de Stalin en 1953 y la llegada de Krusckov al poder, cuando pueden exponer sus ideas públicamente (Álvarez S., 1991). En éstas coexisten de manera heterogénea antiguos disidentes de la interpretación marxista oficial y nuevos pensadores marxistas con ideas libertarias. Entre los más conocidos exponentes a nivel mundial se encuentran pensadores de la talla de Habermas, Gramsci, Lukács, Sartre, entre otros.

El neomarxismo no es otra cosa que el marxismo viéndose así mismo; es un revisionismo o reinterpretación del pensamiento marxista divorciado del oficial, tomando en cuenta los fundamentos epistemológicos, contexto histórico, y consideraciones económicas en su integralidad. En este sentido el cuestionamiento a la versión de la doctrina ortodoxa se hace patente; como claro ejemplo las criticas de Lukács al socialismo científico de Stalin, donde denuncia abiertamente posturas anti marxistas, como la pretensión de la extinción del valor junto con la extinción del mercado, vinculando exclusivamente el valor a las mercancías y no a todo proceso de producción, algo imposible siendo la medida de todo valor el tiempo de trabajo como afirmaba Marx, por lo que éste valor sería atemporal y no de un momento

histórico (Lukács citado por Infranca, 2006); por ello Stalin “*presenta propagandísticamente la vía de construcción del socialismo que, en las cuestiones decisivas, se aparta del marxismo*” (Lukács citado por Infranca, 2006:115)

No puede haber praxis revolucionaria sin una teoría revolucionaria afirmaba Lenin; no obstante, cuando la teoría es dictada por un máximo y único interprete, la misma corre el riesgo de convertirse en el materialismo metafísico que Marx criticó como ajeno a la praxis humana, perdiendo así el sentido original de sus planteamientos, ya que “*se ha escrito tanto sobre Marx que éste ha acabado siendo un desconocido*” (Brecht citado por Fernández F., 2006:192).

El materialismo adoptado por Marx se mantiene en el neomarxismo, pero enfrenta sin complejos las consecuencias “*denunciadas por la historia y puestas de especial relieve al difundirse en los ambientes culturales europeos los intereses antropológicos y existenciales mediante el recurso a las ideas sobre creatividad humana*” (Álvarez S., 1991:2). Varios neomarxistas hacen hincapié en los matices que Marx y Engels tuvieron ante el problema de interpretar la historia y sus contenidos partiendo de una base rígidamente económica, como la ampliación de la estructura material de la historia ante los hallazgos de la insipiente biología darwiniana y la interpretación positivista de la cultura (Álvarez S., 1991). E incluso subrayan cuestionamientos a la fe economicista del propio Marx que se observan en la introducción a su obra *Crítica de la Economía Política*, introducción que no fue publicada sino después de su muerte, y que resulta especialmente resaltada por el neomarxismo, concretamente por Lukács (P. Demetz citado por Álvarez, 1991).

Dentro de la diversidad, aun con variables en lo filosófico, político y económico, algunos de los señalados como neomarxistas, no se consideren como tales, sino marxistas ortodoxos genuinos, como es el caso de Lukács (Infranca, 2006). Pero todos ellos guardan una línea en común, y es procurar la retoma de las ideas de Marx a partir de una decantación de los principios fundamentales debidamente separados de los que responden al contexto histórico, y elevar aquellas ideas que han sido relegadas a un segundo plano, como la dialéctica (Álvarez, 1991). En este sentido persiguen en las primeras obras de Marx, en los manuscritos económicos y filosóficos y cartas, donde había una mayor influencia dialéctica hegeliana, por lo cual se les acusa de intentar retrotraerse desde Marx a Hegel (Álvarez, 1991); pero éstos consideran indispensable comprender a Hegel para llegar a Marx (Luckas citado por Álvarez, 1991).

Con esta sospecha por parte de la ortodoxia de traer el idealismo hegeliano al marxismo, los neomarxistas expresan que existe una relación interactiva entre las infraestructura económica y la superestructura cultural, y que no hay una relación absoluta de causa efecto entre una y la otra, sino de interacción de reciprocidad compleja y dinámica, algo que para el marxismo oficial constituía la negación del propio materialismo histórico; olvidando que el propio Engels expresó que dicha relación causa-efecto no era absoluta en un solo sentido y mucho menos matemática. Cónsono con esa reciprocidad compleja de mutuas causalidades que diferían en grados, resultan pertinentes las palabras del pensamiento creativo:

Solía decir Agulla que había que imaginarlos a ambos (Marx y Weber) tomando una cerveza y a Weber diciéndole a Marx: “*Gracias por habernos enseñado que no es solamente la política y la moral lo que nos permite entender a la sociedad*”, muchas veces la política y la cultura responden a impulsos originados en el terreno de la economía. Pero fíjese mi respetado amigo Karl, que a veces el camino es inverso creo poder demostrar que es un elemento cultural el que explica la economía (Del Percio, 2006: 68)

Entre las críticas por parte de los ortodoxos se encuentra el policentrismo y el dialogo promovido por los neomarxistas, que es considerado una rendición de la clase proletaria y una desviación evidente a la socialdemocracia. Pero para los neomarxistas es necesario recobrar una filosofía humanista que evite los dogmatismos causantes del autoritarismo, que es opuesto a la realización del hombre (Álvarez, 1991).

En términos generales, la llamada renovación del marxismo puede partir de la mera actualización, manteniendo el ideario central de Marx aplicándolo a otras circunstancias no previstas por éste; o un revisionismo por las deficiencias en las predicciones como síntoma de errores en los principios (Álvarez, 1991). También puede expresar la existencia de lecturas posibles e imposibles de Marx, basadas en el manteamiento o no de sus teorías centrales, como la Teoría Laboral del Valor (Guerrero D., 2005), cuya dicotomía haría distinguir entre las tendencias que se hacen llamar marxistas, pero que dicen sostener sus planteamientos económicos y sociales, al mismo tiempo que renuncian a la teoría laboral del valor;

y aquellas que mantienen la defensa de la teoría laboral del valor como núcleo central del pensamiento de Marx (Guerrero D., 2005).

Igualmente, el revisionismo marxista puede verse inmerso en el estructuralismo, cuestionando así la existencia de algún concepto ordenador de toda la estructura social, sustituyendo la dialéctica como eje impulsor de la historia por modelos significativos. Pero también esos planteamientos estructuralistas son considerados anti-humanistas por parte de otros revisionistas de Marx, incluyendo los llamados utópicos, como en el caso de Jean Paul Sartre, el cual intentó conciliar paradigmas tan disimiles como el individualismo existencialista y el colectivismo marxista. No obstante, en la otra cara de la moneda, los llamados estructuralistas marxistas encuentran a estas tendencias humanistas una desviación del verdadero carácter científico del pensamiento de Marx, críticos entre los cuales destaca el estructuralista Althusser, el cual se ha considerado el representante genuino de pensamiento científico de Marx (Álvarez, 1991).

Resumiendo, la diversidad y matices de las ideas contenidas en lo conocido como “neomarxismo” resulta tan basta, que pretender abordar esta tendencia como un cuerpo homogéneo de ideas, pomenorizando sus tendencias e individualidades, es simplemente una tarea titánica por no decir imposible. En todo caso su eje ordenador en base a una mirada distinta a la autorizada por la ortodoxia, nos permite obtener un panorama de la efervescencia que aun tienen las ideas de Marx hasta nuestros días. La búsqueda de la esencia original del pensamiento de Marx sigue estando en la agenda de los pensadores que buscan destilar la esencia de sus ideas, originado un arduo debate, que lejos de envilecerlo, lo enriquece:

El marxismo no está hoy de moda. Pero entre los que guardan alguna relación con él -marxistas, exmarxistas, pseudomarxistas, premarxistas, postmarxistas, marxianos, paramarxistas y marxólogos- sigue habiendo un marxismo «à la mode» que es, antes que cualquier otra cosa, una lectura imposible del marxismo. Aunque no se debe confundir Marx con marxismo, es inevitable ligar el pensamiento económico marxista con el pensamiento económico de Marx (Guerrero, 2005:1).

8. Economía Política Radical

La llamada Economía Política Radical nació en Estado Unidos como forma de protesta contra las desigualdades e inequidades derivadas del capitalismo, aspirando a lograr un socialismo democrático de justicia social, aunque sus bases teóricas son tan amplias que pueden incluir a toda la economía política, a pesar de considerarse contrapuestos a la economía neoclásica (Guerrero, 2005:9). La Economía Política Radical intenta tomar el testigo de los fundamentos básicos del marxismo ortodoxo, incorporando igualmente elementos del institucionalismo, regulacionismo keynesiano e incluso el instrumentalismo matemático de los neoclásicos, pero aportando nuevos aspectos como en análisis del poder de las asimetrías en la microeconomía (Félic, 2006).

La economía radical toma del marxismo el impacto que producen las distintas instituciones económicas, tales como las relaciones de propiedad, las instituciones monetarias, el mercado, etc., en la estructuración de la sociedad, y en la generación de los problemas sociales como la desigual distribución de la riqueza, la pobreza estructural, el empeoramiento del medioambiente e incluso el imperialismo (Félic, 2006).

Sumamente críticos con los procesos, políticas y teorías en torno al mercado de trabajo, la economía radical plantea el papel relevante que tiene las políticas públicas sobre el mercado de trabajo, por las relaciones de poder existentes en las instituciones económicas, y que no son las más óptimas o eficaces por derivar de un momento histórico.

En la división capital-trabajo que es el origen de los conflictos, se establece un imperativo de control por la naturaleza de la organización de la producción capitalista (Coller, 1997). Por ello, la economía radical alega que en el seno de las empresas impera una relación política donde existen conflictos de interés entre las partes, los cuales son resueltos a través del ejercicio de la autoridad sancionatoria. En esta relación de dominación, no sólo en la propiedad de los medios de producción es distintiva de la clase, sino también la manera de establecer los modos de producción, de cómo y cuando se produce, resolviendo dichos conflictos a través de sanciones, como la pérdida del trabajo.

La distinción existente entre la compra de la fuerza de trabajo y el trabajo concreto ejecutado durante el proceso de producción es relevante para la Económica Política Radical, ya que en ella se evidencia un "intercambio contestable" (Féiz, 2006), en el cual el capitalista al comprar la fuerza de trabajo, intentará sacarle el mayor provecho a esa energía potencial ofertada por el trabajador, pero que el trabajador no está obligado a ejecutar a su máxima intensidad, al estar éste sometido a una organización del trabajo ajena a su propia iniciativa o creatividad, por lo que se abre un campo de negociación del esfuerzo (Coller, 2006). Esta posibilidad de no aprovechamiento del máximo nivel de las potencialidades productivas del trabajador, lleva al capitalista buscar su explotación a través de las relaciones de control por vía sancionatoria o de incentivos económicos.

Al ser la compra venta de la fuerza de trabajo un intercambio contestable, el capitalista invierte en mecanismo de control que le garanticen la mayor explotación de trabajador a la hora de efectuar el trabajo concreto; eso incluye la inversión en tecnológicas y maquinarias que facilitan el control sobre el trabajador a pesar de no aportar mayor eficiencia a la línea productiva. La forma de control a través de la amenaza de despido para obtener mayores niveles de esfuerzo, constituye una manera de control derivado de la falta de información o del costo sobre los resultados de las actividades de los trabajadores (Féiz, 2006).

La promesa de ejecución de la fuerza de trabajo en trabajo concreto, que origina el intercambio contestable, lleva al empresario a la constante renovación del contrato de trabajo en base a lo que evalúe de esa ejecución, lo que afecta el equilibrio del mercado de trabajo, ya que no se pueden igualar las cantidades ofrecidas y demandadas (Féiz, 2006). Esa posibilidad de no renovación y que el comprador de la fuerza de trabajo ofrezca una alternativa mejor a la alternativa inmediata -el desempleo-

En el capitalismo la ventaja la tienen los que están del lado más corto de la representación gráfica de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo, ya que poseen la opción de contratar a menos mano de obra que la ofertada, por existir un exceso en la oferta -desempleo-. La intensidad del trabajo, que es el trabajo efectivamente entregado por el trabajador, será elegida por el trabajador de acuerdo a las estrategias de extracción por parte del empleador y las condiciones existentes en el mercado de trabajo (Féiz, 2006).

Las empresas monitorean el nivel de esfuerzo laboral del trabajador bajo la persuasión del despido. El nivel disuasivo de la amenaza dependerá de la posibilidad del trabajador de encontrar nuevo empleo, la diferencia del salario actual y otro el posible, y el nivel de cobertura del seguro de desempleo (Féiz, 2006).

El costo del monitoreo y la renta como incentivos para la maximización del esfuerzo laboral impactan en el mercado de trabajo, ya que el trabajador es contratado por una renta mayor, pero con los costos de la supervisión, lo que lleva a la empresa a disponer en menor medida de la oferta de trabajo, causando un desequilibrio en el mercado que no logra igualar la oferta con la demanda de trabajo generando desempleo. En un mercado de trabajo donde los trabajadores enfrentan esta situación, la misma resultará en un gran grupo de desempleados involuntarios y un pequeño grupo de empleados que gozan de una renta por encima del salario por el cual estarían dispuestos a trabajar (Bowles y Stiglitz citados por Féiz 2006).

En cuanto al control, tanto los modelos del salario de eficiencia -Stiglitz- como de disciplina laboral -Bowles-, toman como medida referencial del control del esfuerzo laboral a la disciplina; pero en el caso de los primeros consideran suficiente los estímulos financieros sin el acompañamiento de la supervisión, mientras que los segundos consideran que debido al conflicto de intereses subyacente entre capital y trabajo, se hace necesaria la supervisión sin importar los estímulos salariales (Féiz, 2006).

La división del trabajo trae consigo desigualdades en el orden psicológico o sociológico, la descalificación y la simplicidad en las tareas trae atrofia intelectual y baja autoestima en el trabajador (Féiz, 2006). Pero la organización del trabajo está dirigida a la descalificación de las tareas desde la estructura política de la empresa. Esto puede responder a una forma de minimizar el poder político de la clase trabajadora como expresaba Marx, o alcanzar el control de la organización del trabajo para lograr una organización científica de las tareas como expresó Taylor, o en definitiva facilitar el despido de trabajadores fácilmente reemplazables por otros debido a su baja calificación, estrategia que conviene al control del esfuerzo de trabajo basado en la intimidación del despido. La división técnica y social del trabajo y la reducción del tiempo de las tareas en la llamada organización científica del trabajo,

se circunscribe en la estrategia del capital para minimizar la resistencia de la clase trabajadora de la explotación (Féiz, 2006), explotación a la cual se resiste el trabajador por ser el poseedor de facto de la capacidad productiva (Coller, 2006:83).

La compra de tecnología para mejorar la producción, como ya se había mencionado, se puede ver influenciada por la necesidad de obtener un mejor control sobre el trabajador en el proceso de trabajo, más que por su eficacia misma para facilitar el proceso, e incluso se pueden procurar obtener maquinas que muestren ser eficaces más no eficientes, por cuanto su ineficiencia podrían ser compensada por la utilización de mecanismos de control para elevar la intensidad del trabajo, ya que el comprador no paga el precio por una intensidad específica de la fuerza de trabajo al momento de su ejecución, sino que la desarrolla a través de los mecanismos de control.

La economía política radical sostiene que la organización de la empresa capitalista es menos eficiente que la estructura democrática, donde los trabajadores participan en la toma de decisiones (Féiz, 2006: 86). La estructura política de la empresa capitalista con su organización alienante del trabajo asalariado resulta ineficiente por cuanto emplea recursos para el control de los trabajadores que podrían ser minimizados al poseer mayor capacidad de auto-organización y participación. El conflicto de interés surgido por las relaciones de propiedad y el plustrabajo, podrían minimizarse al otorga mayor autonomía al trabajador en la organización del proceso de trabajo. A tal efecto, recordando a Lukács:

Podemos organizar una fábrica de modo que el obrero no tenga ninguna intervención, y entonces el obrero no le interesará más que ganar diez florines más o menos; por el contrario, podemos organizar la fábrica de otra manera. No de forma que se instalen máquinas y se le pida a los obreros que manifiesten si son buenas o no esas máquinas, porque los obreros entonces no van a decir nada. Sino instalando un espíritu tal que todo obrero tenga derecho a formar parte de una crítica productiva sobre las máquinas instaladas. En este caso surgirá una crítica obrera, y si esto resulta –entendiendo por esto que se llegue a un resultado positivo y los obreros que hacen la crítica sean beneficiarios de determinadas ventajas-, entonces sin duda crecerá entre los obreros la ambición de hacer este tipo de cosas (Lukács citado por Infranca, 2006:124).

Ahora bien, a la interrogante de porqué no proliferan las empresas gestionadas por los trabajadores, las respuestas de los partidarios de la Economía Política Radical expresan múltiples hipótesis, como el contexto socio económico, técnico, de eficiencia estática y dinámica, e incluso el crediticio, donde la intermediación financiera exige garantías que los trabajadores que no pueden dar, y que los riesgos serían asumibles en mayor medida para los grandes capitales (Féiz, 2006).

Las empresas que implementan políticas de mayor participación de los trabajadores, acompañados de estabilidad y limitación del despido, suelen tener mayor productividad (Levine y DAndrea Tyson citados por Féiz, 2006). Las empresas que sólo otorgan estabilidad, pero sin participación en un mercado de trabajo heterogéneo atraen a los que trabajadores que están dispuestos a dar su menor esfuerzo en el trabajo (Levine citado por Féiz, 2006). El costo de mantener una plantilla de trabajo durante una crisis económica se ve compensado con la adaptación a la variabilidad de la demanda (Féiz, 2006). Resulta injusto alegar que el desarrollo de la técnica haya dejado a un lado los modelos de producción participativos sin estimar los hechos históricos que impulsaron el modelo de producción capitalista, donde la obtención de plusvalía y el control sobre el proceso de trabajo exigían un modelo específico, algo que no invalida la opción de un modo de producción participativo (Marglin citado por Féiz, 2006).

Para la Economía Política Radical, la segmentación de los mercados laborales es un fenómeno consciente de los empleadores para controlar a la clase trabajadora (Féiz, 2006). En la relación dialéctica de Capital Trabajo, el trabajador tratará de minimizar la intensidad de explotación por parte del empleador y el empleador tratará por mecanismos de control directo o indirecto maximizarlo. Ahora bien, es una situación de asimetría, en virtud del poder de despedir o contratar que posee el empleador (Féiz, 2006). Todo proceso de producción donde impera la división del trabajo implica una coordinación, y en el sistema de producción capitalista el monopolio de esa coordinación descansa sobre el empleador, el establece el cómo y cuando se realiza la coreografía productiva, y esta coordinación se establece mediante los mecanismos de control, ya sean directo por medio de la supervisión, o indirectos a través del control técnico de las maquinarias o el burocrático con la internalización de objetivos y reglas (Edwards citado por Féiz, 2006). Este control se da en un contexto donde la demanda de trabajo se vuelve cada vez más condicionada y segmentada:

El cambio de paradigma tecno-productivo, y la transformación que atraviesan los modos de producción en el mundo y con ellos, aquellos relativos a los conocimientos, capacidades y habilidades necesarias para ingresar al mundo laboral, se vuelve cada vez más segmentado (Linares J., 2006).

Los tres segmentos del mercado de trabajo para la economía radical identifican un tipo específico de control. En el segmento uno, está el control burocrático para los trabajadores de “cuello blanco”, altamente calificados y remunerados conforme a esa calificación, con gran estabilidad laboral y organizados conforme a una estructura meritocrática. En el segmento primario subordinado, está el control técnico junto con el burocrático, con los trabajadores de “cuello azul” sindicalizados. Y la esfera secundaria, está el llamado ejército de reemplazo, de trabajadores precarios con una alta tasa de rotación, poco calificados y sin organización sindical (Féiz, 2006). En esta segmentación la discriminación juega un papel importante para la división de la clase trabajadora, donde el principio de “igual salario por igual trabajo” se ve trastocado en virtud de las desigualdades existentes entre los distintos segmentos.

La economía política radical aboga por la intervención del Estado en la regulación del mercado de trabajo a través de la inversión en la creación de empleo público y subsidios para el desempleo y combate a la discriminación laboral. En cuanto a la oferta, es menos entusiasta, pero no rechaza los programas de capacitación y auxilio para la colocación laboral. Desde políticas fuera de esfera del mercado de trabajo, propugna la regulación de las instituciones económicas y la reforma educativa para la generación de un trabajador que propugne principios democráticos participativos (Féiz, 2006).

En resumen, la economía política radical busca recuperar los fundamentos del marxismo como la fuerza de trabajo y el trabajo concreto y la dialéctica entre capital y trabajo, y demostrar, en el mismo campo y con los mismos instrumentos de la economía clásica, que la organización productiva democrática y participativa resulta tanto o más eficaz que la estructura política de dominación autoritaria imperante en el modo de producción capitalista.

9. Reflexiones Finales

El mercado de trabajo es el lugar de intercambio de una mercancía que constituye nada más ni nada menos que la capacidad del hombre de producirse a si mismos en el trabajo, por lo que tiene transcendencia más allá de los meramente econométrico. Con esto la teoría de la explotación desborda sus consideraciones científicas, ya que se vincula de manera insalvable con una emoción eminentemente humana, que es la indignación ante la injusticia.

El deseo por un mundo más igualitario, lleva inevitablemente a plantear las maneras viables de cómo constituir una sociedad de libertades pero manejando las limitaciones naturales que implica el mercado. Si bien algunos catalogan al sistema de mercado como no eficiente, ha demostrado en la praxis ser más eficaz que la economía planificada para establecer los precios. En la Unión Soviética, donde se reinterpretó el marxismo a la luz de Lenin y Stalin, es decir, un marxismo que no era marxismo, se estableció una rígida estructura de cargos y escalas salariales en las industrias estatales, que constituían el 90% de la industria nacional soviética. Pero el tiempo demostró su ineficiencia y poca eficacia para adaptarse a las necesidades cambiantes de la producción y de la movilidad de la oferta de trabajo, con las distorsiones propias de un esquema de remuneraciones o beneficios no salariales que superaban el salario, y la poca adaptabilidad o disponibilidad de éstos para los requerimientos individuales o el intercambio fluido, que ocasionaron migraciones a trabajos poco calificados en empresas estatales de la gran industria, en detrimento de los otros sectores menos desarrollados (Shcherbakov, 1991). El socialismo de mercado que se intentó en la vieja Yugoslavia de Tito, al colocar en plan de competencia a empresas públicas y cooperativas con el fin de fijar los precios en función de un mercado, constituyó igualmente un fracaso. Pero a pesar de todos estos tropiezos, se mantiene la esperanza de construir justicia con eficiencia en un socialismo real. No obstante, este deseo se enfrenta a grandes obstáculos, ya que existen sin duda las buenas intenciones, pero investidas de una dudosa viabilidad:

Una política dinámica se abocaría a crear o recrear una sociedad verdadera mediante el restablecimiento de un gran número de profesiones, oficios y trabajos indispensables para la civilización, cuya ausencia le es patentemente nefasta. Daría prioridad al valor, a la utilidad real de las tareas, sin juzgar ni calibrarlas sólo en función de su rentabilidad. Utopía? No. ¡Es cuestión de trastocar las prioridades, como se ha hecho tantas veces en la historia! Y la prioridad más absurda, más estúpida, es la que otorga

a la ganancia estéril de unos pocos, dispuestos a devastar lo que sea para obtenerla (...) Liberado por la tecnología de la mayor parte de las tareas penosas, ingratas o carentes de sentido, cada uno podría y debería estar infinitamente más abierto a las oportunidades ampliadas y no, como ahora, ampliadas al desempleo. Oportunidades de ser activo en un mundo no hay razones para poner tasa a los dones y las inclinaciones, antes puestos al servicio de tareas que ahora realizan las maquinas. Se los podría tener en cuenta o al menos darle la oportunidad de consagrarse a valores y necesidades reales, sin vínculos forzosos con la rentabilidad (Forrester V. citada por Gómez E., 2005:155-166).

Lo propuesto por Forrester, en la línea del trabajo liberador que expresó Gorz entre otros, expone la posibilidad de prescindir de la rentabilidad y de priorizar el valor real al margen del valor de cambio, algo que sólo se lograría con la eliminación del intercambio mercantil, que según Marx sólo pasaría en el momento de la eliminación de la escasez relativa, algo materialmente imposible de lograr (Gómez Emeterio, 2006:166). Pero la econometría pura tampoco es la solución al dilema, como relevan las críticas formuladas por Paul Krugman a las nociones de informaciones perfectas y expectativas racionales de la económica imperante, dando como ejemplo el ajuste de un precio, el cual no se debe al convencimiento de la racionalidad de los agentes económicos, sino al comportamiento irracional, ya que existe la posibilidad de que un día para otro cambie la información, aunque lo precios no tengan grandes cambios (Krugman, 2009). Igualmente, el efecto "manada" destruye la idea de las expectativas racionales, ya que la información es imperfecta, y por tanto, hay una tendencia de seguir a los grupos financieros que poseen el liderazgo, aún por un despeñadero, es decir, una decisión irracional (Krugman, 2009).

El sentido interdisciplinario de la economía, también ha perdido vigencia a raíz de la alta especialización en planteamientos econométricos, por ello, irónicamente, surge la interrogante de si Adam Smith, Keynes o Ricardo pudieran ser economista conforme a los estándares actuales, ya que los mismos no se centraron exclusivamente en modelos matemáticos:

Si alguno de esos gigantes de la economía hiciera una aplicación para un puesto universitario en nuestros días, sería rechazado. En cuanto a su trabajo escrito, no tendría posibilidad alguna de ser aceptado en *Economic Journal* o *American Economic Review*. Los editores, si se sintieran caritativos, aconsejarían a Smith y Keynes que probaran en una revista de historia o sociología (Kaletsky A., 2009:1).

Pero la complejidad en el intento de previsibilidad de la economía, no reduce el debate sino lo enriquece, las islas de certidumbre y la praxis abren caminos para revisiones y nuevas puntualizaciones de alternativas poco consideradas en el pasado. Los premios Nobel de Economía para Stiglitz y Krugman revelan el valor que cobran las críticas a los paradigmas establecidos, y el premio 2009 para la primera mujer, Ostro, cuya formación básica es la politología, revelan una ampliación del espectro de las ciencias económicas a otros campos, ya que esta académica desarrolla su línea de investigación sobre la propiedad común; «Elinor Ostro ha desafiado el conocimiento convencional de que la propiedad común es mal manejada y que debe regularse, ya sea por las autoridades centrales o que se privatice» (Academia Nobel citada por el Universal 13-10-09). Estos síntomas demuestran que el debate no ha acabado:

Las personas comunes al igual que los funcionarios han tratado de solucionar problemas muy difíciles, como la deforestación y la pérdida de recursos pesqueros (...) cuando los individuos tienen esta forma de trabajar juntos pueden construir confianza y respeto y pueden ser capaces de solucionar problemas (Osrom citada por El Universal 13-10-09).

En el actual contexto de recesión económica, de una de las crisis cíclicas del capitalismo anunciadas por Marx, a pesar de quedar en evidencia las contradicciones del sistema, las mismas se intentan solucionar con huidas hacia delante, con mayor destrucción de las fuerzas productivas y la conquista de nuevos mercados, que preparan el camino para crisis mayores del sistema (Guerrero, 2008). Es por esa paradoja de creación y destrucción, que el mercado de trabajo seguirá comportando un reto para su abordaje, ante las complejidades derivadas de la confluencia simultánea y transversal de factores éticos, emocionales y económicos, dentro del crisol que comporta la dimensión humana y material del proceso social trabajo. Entendiendo que una desigual distribución de la riqueza en una progresiva explotación de la fuerza de trabajo, necesariamente generará por parte de los excluidos del sistema, una presión social dirigida a producir medios que concilien las necesidades productivas con la dignidad del hombre, sin que éste se reduzca a una mera mercancía.

Referencias

- Álvarez Saturnino (1991) "Neomarxismo". Gran Enciclopedia Rialp, Editorial Rialp S. A. España.
- Coller Xavier (1997) "La Empresa Flexible: Estudio-Sociológico del impacto de la flexibilidad en el proceso de trabajo". Centro de Investigaciones Sociológicas, España.
- Del Percio Enrique (2006) "La Condición Social: Consumo, poder y representación en el capitalismo tardío". Editorial Altamira S. A. Argentina
- Del Río Eduardo (2007) "Marx para principiantes", Random House Mondadori, México.
- Diccionario Latino Español (1983) Ediciones Vitae, Costa Rica.
- Diccionario Soviético De Filosofía (1965) François Charles Fourier. Ediciones Pueblos Unidos. Uruguay. Disponible en: <http://www.filosofia.org/enc/ros/index.htm>
- El Universal (2009) "Teoría de la Propiedad Común Gana un Nobel", Disponible: http://economia.eluniversal.com/2009/10/13/eco_art_teoría-de-la-propied_1610636.shtml Consultado: 13-10-2009
- Féiz Mariano (2006) "El Mercado de Trabajo en la Económica Política Radical". En: Teorías Económicas sobre el Mercado de Trabajo, Editor Julio César Neffa, 2006. Fondo de Cultura Económica. Argentina 75-99
- Féiz Mariano y Neffa Julio (2006) "Acumulación de capital, empleo y desocupación. Una introducción a la economía del trabajo en las obras de Marx". En: Teorías Económicas sobre el Mercado de Trabajo, Editor Julio César Neffa, 2006. Fondo de Cultura Económica. Argentina 15-73
- Freyssinet Jacques (2006) "Introducción a las teorías marxistas y radicales del mercado de trabajo: el análisis marxista de los mercado de trabajo". En: Teorías Económicas sobre el Mercado de Trabajo, Editor Julio César Neffa, 2006. Fondo de Cultura Económica. Argentina 75-99
- Fernández Francisco (2006) "Marx y los marxismos: Una reflexión para el siglo XXI" En: La teoría marxista hoy Problemas y perspectivas. Editores Boron Atilio; Amadeo Javier; y González Sabrina. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Argentina.
- Fromm Erich (1984) "Marx y su concepto del hombre" FCE, México.
- Gómez Emeterio (2006) "La Responsabilidad Moral de la Empresa Capitalista" Plasarte S. A. Caracas
- Gorz Andre (1982) Adiós al Proletariado. Más allá del socialismo. Edit. Ediciones 2001. Barcelona España.
- Guerrero Diego (2008) "Resumen de El Capital". Disponible en: <http://marxismolibertario.blogspot.com/2008/11/diego-guerrero-un-resumen-completo-de.html> Consultado 18-07-09
- Guerrero Diego (2005) Un Marx imposible: el marxismo sin teoría laboral del valor. Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca de Económicas y Empresariales. Disponible: <http://www.ucm.es/BUCM/cee/doc/0039/03010039.htm> Consultado 23-07-09
- Harnecker Marta (1979) "Explotación Capitalista". AKAL Editor, España.
- Harvey, David y González Marina (1977) Urbanismo y Desigualdad Social. Disponible http://books.google.co.ve/books?id=dp_0muCP9LoC&printsec=frontcover&source=gbs_v2_summary_r&cad=0#v=onepage&q=&f=false Consultado 10-08-09.
- Infranca Antonio (2006) Trabajo, Individuo, Historia. El concepto de trabajo de Lukacs, Edit. Monte Avila, Caracas.
- Kaletsky Anatole (2009), "Goodbye, homo economicus", Real-World Economics Review, edición 50, 8 de septiembre de 2009, pag. 151-156

- Lander Edgardo (2006) "Marxismo, eurocentrismo y colonialismo" En: La teoría marxista hoy Problemas y perspectivas. Editores Boron Atilio; Amadeo Javier; y González Sabrina. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Argentina.
- Linares Judith (2006) Cambios en las relaciones laborales y nuevas formas de organización. *Gaceta Laboral*, 2006, vol.12, no.2, p.216-231.
- Marx Karl y ENGELS Friedrich (2000) "El Manifiesto del Partido Comunista", AKAL Editor, España.
- Marx, Karl (1991). *El capital*, T. 1, Vol. 1, 17ª edición, Siglo XXI Editores. México.
- Marx, Karl (1994). *El capital*, t. 1, vol. 2, 17ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl (1968). *Contribución a la Política Económica. Selected Works*. Nueva York: International Publishers. USA.
- Marx Karl (1981). *Tesis sobre Feuerbach*. Edit. Progreso de Moscú, Disponible en <http://www.rockproletario.org/documentos/formacionpolitica/bibliotecavirtual/textos/MARX/TESIS%20SOBRE%20FEUERBACH.pdf> consultado: 10-08-09
- Marx Karl (2001) "La guerra civil en Francia. Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores". Biblioteca de Autores Socialistas. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/71gcf/index.htm#indice>. Consultado: 15-08-09
- Marx Karl (2003) "Sobre Proudhon". Marxists Internet Archive. Disponible: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/sp65s.htm>.
- Scherbakov I (1991) "La remuneración del trabajo en la URSS: Problemas y perspectivas, *Revista Internacional del Trabajo*, Vol 110, Nro. 3 1991.
- Smith Adam (1994) *Estudio preliminar a la Riqueza de las Naciones*. Alianza Editorial Madrid. España.